

ENCICLICA "QUEMADMODUM"(*)

(6-I-1946)

SOBRE LOS NIÑOS ABANDONADOS DESPUES DE LA GUERRA

PIO PP. XII

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica^{AAS} 1. **Preocupación del Sumo Pontífice.**

³⁸ En medio del estruendo horroroso de
⁵ la guerra, empleamos todos Nuestros poderes de persuasión y exhortación para procurar pronto fin al conflicto que tanto se prolonga, y para asegurar un acuerdo que garantizara la justicia, la equidad y el derecho. De la misma manera, ahora que la lucha ha cesado sin que aún haya sido restaurada la paz, en virtud de Nuestro ministerio apostólico, no omitimos esfuerzo alguno para hacer todo aquello que pueda proporcionar alivio oportuno contra tantos males, y procurar todo el auxilio posible para las acumuladas miserias que agobian a no pocas naciones. De los estragos casi innumerables que la pavorosa contienda causó, ninguno hiere y aflige tanto Nuestro corazón paternal como aquel que afecta a vastas multitudes de niños inocentes, millones de los cuales carecen de lo necesario para vivir y sufren en muchos países frío, hambre y enfermedades. Con frecuencia, en un absoluto abandono, sienten no sólo que les falta el
⁶ alimento, el vestido y el techo, sino también el afecto que las criaturas tanto necesitan en sus tiernos años.

2. **Esfuerzos realizados hasta el presente.** Como vosotros sabéis, Venerables Hermanos, Nos hemos hecho todo lo posible para solucionar este problema. Complacidos aprovechamos esta ocasión para expresar Nuestra más sincera gratitud a todos aquellos cuya generosidad Nos ha permitido aliviar

en algo la penuria de esos niños. Sabemos también que muchos, individualmente o como miembros de sociedades y asociaciones varias, han comprometido su ayuda o ya están trabajando activamente. Para éstos, merecedores como son de todo elogio, Nosotros pagamos el debido tributo y pedimos a Dios que bendiga sus actividades, sus planes para el futuro y sus obras.

Pero como el auxilio resulta del todo insuficiente para llenar la inmensa tarea, hemos considerado Nuestro deber dirigirnos a vosotros y urgiros paternalmente que de todo corazón os hagáis cargo de la situación gravísima de los niños desamparados, y no omitáis ningún esfuerzo para contribuir a mejorar su suerte y proporcionarles socorros.

3. **Necesidad de mayores auxilios: oraciones y donativos.** Nosotros ordenamos, por consiguiente, que asignéis en todas vuestras diócesis un día en el cual se ofrezcan oraciones públicas para apaciguar la ira de Dios, y en el que también, por medio de vuestros sacerdotes, impongáis a los fieles de esta urgente necesidad, y los exhortéis a ayudar con sus oraciones, buenas obras y donativos todo movimiento que dirija sus fuerzas plena y efectivamente al auxilio de los niños indigentes y abandonados.

Este es un problema que concierne, naturalmente, a todos los ciudadanos, cualesquiera sean sus criterios, con sólo que sus corazones respondan al llamado de la naturaleza y de la religión; pero

(*) A. A. S., 38 (1946) 5-10.

atañe de modo muy especial a los cristianos, que han de ver la imagen de Dios en cada uno de esos pequeños hermanos sumidos hoy en la miseria, y tienen la obligación moral de acatar aquellas divinas palabras: *En verdad os digo, siempre que lo hicisteis con alguno de estos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis*⁽¹⁾.

4. Importancia del socorro a los niños. Recordemos y reflexionemos que esos niños serán el fundamento de la nueva generación, y que es necesario que crezcan saludables en alma y cuerpo si queremos evitar la tragedia de una raza contagiada por las enfermedades y los vicios. Nadie debe negarse, pues, a contribuir con tiempo y dinero para una causa tan esencial y oportuna. Aquellos que sólo tienen escasos desinterés y buena voluntad; quienes viven en la abundancia, deben meditar y recordar siempre que la desnudez, la indigencia y el hambre de esos niños constituirán un cargo grave y severo contra ellos ante Dios, Padre de las misericordias, si endurecen sus corazones y no contribuyen generosamente. Todos, en fin, deben comprender que su generosidad no significa pérdida sino ganancia, porque Nos podemos asegurar que quien regala de lo que tiene, le está prestando a Dios, quien a su debido tiempo recompensará su generosidad con creces.

5. El ejemplo de los Apóstoles. Creemos firmemente que, así como en tiempos de los Apóstoles los fieles de todo el mundo contribuyeron con sus oraciones y ayuda material cuando la población cristiana de Jerusalén fue sometida a la persecución y a la pobreza⁽²⁾, así también ahora todos los fieles, inspirados e impulsados por la misma caridad, ayudarán en la plena medida de sus posibilidades. Y han de hacer esto, según dijimos, en especial por medio de fervientes oraciones a Nuestro misericordiosísimo Redentor; pues bien sabéis que la oración fervorosa lleva consigo un poder místico que

penetra en el cielo y hace que la luz sobrenatural y los impulsos divinos bajen de lo alto, iluminen las mentes de los hombres e inclinen sus voluntades hacia el bien para persuadirlos y moverlos al ejercicio de la caridad.

6. El ejemplo de la Iglesia. Recordemos que la Iglesia ha prodigado en todas las épocas y con toda diligencia sus mejores cuidados a los jóvenes, y con mucha razón ha considerado esta solícita obra como una misión particular confiada en forma muy especial a su caridad. Y si lo ha hecho y continúa haciéndolo, es para seguir indudablemente los pasos, y obedecer los preceptos de su Divino Fundador, quien, atrayendo a los pequeños a su lado, dijo a los Apóstoles que reñían a las madres que los habían traído: *Dejad que niños vengan a mí, y no se lo estorbéis; porque de los que se asemejan a ellos es el reino de Dios*⁽³⁾. Porque como muy bien dijera Nuestro Predecesor de inmortal memoria, LEÓN EL GRANDE: *Cristo ama a la niñez, cuya forma El había adoptado ya antes en mente y alma. Cristo ama a la niñez, escuela de humildad, norma de inocencia y modelo de mansedumbre. Cristo ama a la niñez, a la cual refiere directamente la moralidad, y la presenta como ejemplo para los hombres de vida madura. A los que El llama para que entren a Su reino eterno en lo alto, les pide seguir su ejemplo*⁽⁴⁾.

7. Cuidados de la Iglesia por los Niños: su cuerpo y su alma. A la luz de tales palabras y sentimientos, Venerables Hermanos, podéis ver con cuánto amor, diligencia y cuidado se ocupa la Iglesia de la infancia y de la niñez, acatando los mandatos de su Fundador. Mientras ejercita todo el cuidado posible para que ellos reciban alimento, asilo y vestido para sus cuerpos, no ignora ni descuida sus almas que, nacidas —que por decirlo así— de un soplo de Dios, parecen reflejar la belleza radiante del cielo. Su empeño y su cuidado primordiales son, pues, preservar

(1) Mat. 25, 40.

(2) Ver I Cor. 16, 1.

(3) Marc. 10, 14.

(4) León Magno, Serm. 37 c. 3 (Migne P.L. 54 col. 258-C).

su inocencia de toda mácula y encargarse de su eterna salvación.

8. Muchas instituciones católicas y civiles trabajan. En efecto, numerosos organismos e instituciones se dedican a instruir a los jóvenes y a los niños, a formarlos en la solidez de la virtud, y a satisfacer todas las necesidades de su educación conforme ellos crecen en cuerpo y alma. En este importante campo, como sabéis, muchas órdenes y congregaciones religiosas de hombres y mujeres laboran con celo y dedicación admirables; y su actitud prudente, alerta y devota, constituye una magnífica contribución al progreso de la Iglesia y del Estado. Trabajan no sólo en los países civilizados con excelentes resultados, sino también entre los pueblos incultos y entre aquellos a quienes la luz de la verdad cristiana no ha llegado aun; allí el esfuerzo de los misioneros, y en especial de la Obra Pontificia de la Santa Infancia, rescata a muchos niños de la esclavitud del demonio o de la perversidad humana, para darles la libertad de los hijos de Dios y convertirlos en miembros de la sociedad civilizada.

9. Pero no cubren las necesidades. Si bien parece que estas providenciales actividades de caridad puedan ser suficientes para llenar las necesidades de los tiempos normales, en este trágico momento de la historia cuando ¡ay! las ruinas materiales y espirituales se amontonan por doquier, resultan del todo inadecuadas. Porque, Venerables Hermanos, parécenos ver con Nuestros propios ojos inmensas multitudes de niños debilitados, o casi a las puertas de la muerte, por el hambre; y que alzando sus manecitas *piden pan sin que haya quien se lo dé*⁽⁵⁾. Sin hogar ni abrigo, tiritan de frío en el crudo invierno y mueren; no tienen padre ni madre que los calienten y abriguen. Dolientes, enfermizos, en los últimos estadios de la consunción, carecen de las medicinas necesarias y de asistencia médica. Vemos a los jóvenes pasar ante Nuestra afligida mirada, vagando por

las bulliciosas calles de las ciudades, reducidos al desempleo y a la corrupción moral, o errando como vagabundos indecisos por los campos, por las villas y las ciudades, sin que nadie les ofrezca refugio seguro contra la indigencia, el vicio y el crimen.

10. Usemos todos los medios. ¿Cómo podríamos desistir, Venerables Hermanos, si amamos a esos Nuestros niños con inmensa ternura *en las entrañas de Jesucristo*⁽⁶⁾, cómo podríamos, pues, desistir de apelar una y otra vez a todos vosotros, individual y colectivamente, y a todos los que en el mundo como vosotros están inspirados por un sentimiento de misericordia y piedad, para que toda la fuerza de la caridad cristiana —que es una fuerza poderosa— pueda ser aunada por las almas generosas y de buena voluntad con el fin de mitigar y remediar su lastimosa condición?

Usemos de todos los medios que el progreso moderno ofrece o facilita; acudamos a nuevos métodos que puedan, mediante la cooperación de todos, proporcionar remedio efectivo para los males presentes y para los que amenazan en el futuro. Para que así, prontamente, suceda que con la asistencia y la inspiración divinas, las asechanzas del vicio, que hace presa fácil de los niños abandonados, cedan su campo al atractivo de una vida virtuosa; que su vacua desocupación y su pereza melancólica den paso al trabajo honesto y alegre; que ellos, para su hambre y desnudez, puedan recibir el adecuado auxilio de la divina caridad de Cristo Jesús, cuyos seguidores han de procurar que este auxilio sea más vivo, ferviente y poderoso en tiempos como los que corren.

11. Lo pide el bien de la Iglesia y la Sociedad. Este cambio contribuirá en la forma más efectiva, no sólo a la prosperidad de la religión católica y el incremento de la virtud cristiana, sino también al bien de la familia humana en general y de la sociedad civil; porque como todos muy bien sabemos, no

(5) Lament. 4, 4.

(6) Filip. 1, 8.

estarían las prisiones comunes atestadas por multitud de delincuentes, si antes se tomaran medidas más amplias y más adecuadas para combatir específicamente la delincuencia juvenil. Y si en todas partes creciera una juventud sana, honesta y diligente, sería más fácil encontrar ciudadanos diligentes en probidad, fortaleza y otras cualidades mentales y físicas.

12. Conclusión: el motivo. Nuestro propósito, Venerables Hermanos, al dirigiros esta Encíclica acerca de asunto tan grave, ha sido el de encomendar a cada uno de vosotros la tarea de comunicar Nuestra paternal exhortación a la respectiva grey, en la forma que consideréis más conveniente. Confiamos firmemente que el llamado aquí consignado encontrará en todas partes

una respuesta pronta, la contribución generosa y la eficaz colaboración de todos.

Bendición Apostólica. Inspirado en este deseo, como promesa de gracias celestiales y señal de Nuestra especial benevolencia, con todo afecto en el Señor, impartimos la Bendición Apostólica a todos vosotros, Venerables Hermanos, a los fieles encomendados a vuestro cuidado y particularmente a quienes en cualquier forma han servido ya a esta causa o la servirán en el futuro.

Dada en San Pedro de Roma, el día 6 de Enero, fiesta de la Epifanía de Cristo Nuestro Señor, en el año de 1946, séptimo de Nuestro Pontificado.

PIO PAPA XII.